

La calle para el miércoles 18 de julio de 2007
Diario de un espectador
18 de julio
por miguel ángel granados chapa

Ya que comenzamos esta semana refiriéndonos al contenido festivo o recordatorio de estas fechas de mediados de julio —Nuestra Señora del Carmen el lunes 16, el aniversario del asesinato del general Álvaro Obregón el martes 17— hoy seguimos en esta misma línea y conmemoramos la muerte de don Benito Juárez, el presidente cuyo bicentenario festejamos el año pasado, que murió el 18 de julio de 1872, a los 66 años de edad.

Contamos con un testimonio invaluable para conocer sus últimas horas, el del propio médico que lo atendió durante su enfermedad terminal y pasó junto a su lecho el largo día de su fallecimiento, desde el alba hasta casi la medianoche:

“Dos horas hacía apenas que estaba yo a su lado cuando la opresión del corazón con que empezó se transformó en dolores agudísimos y repentinos, los que veía yo, más bien los que adivinaba en la palidez de su semblante. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo encuentra: del que siente que huye el suelo en que se apoya y teme caer; del que, en fin, está probando a la vez lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos; los sufre en pie. Vigorosa es la naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y aun desplegada toda esta no le es dable sobreponerse por completo a las leyes físicas de la vida y, al fin, tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar a su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más o menos minutos, va desvaneciéndose después poco a poco vuelve el color a su semblante y entra en una calma completa; el paciente se levanta y conversa con los que lo rodeamos, de asuntos indiferentes con toda naturalidad y sin hacer alusión a sus sufrimientos; y tal parece que ya está salvado cuando vuelve un nuevo ataque y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro o cinco largas horas, en que mil veces hemos creído cantar una victoria o llorar una muerte”.

Como a las once de la mañana, Juárez sufrió un calambre dolorosísimo en el pecho que obligó al doctor Alvarado a practicar un remedio salvaje: arrojar agua hirviendo sobre el pecho presidencial. Por la tarde fue necesario acudir de nuevo a esa fórmula atroz que, en lo inmediato, sin embargo, reanimaba el corazón. La primera vez, sorprendido y lastimado por la feroz quemadura, reprochó la operación a su médico. Ya no la segunda: “Ni un solo músculo se movía, ni la más ligera expresión de dolor o sufrimiento; su cuerpo todo permanecía inmóvil, y esto, cuando al quitar el agua se levantaba una ampulosa de varias pulgadas sobre su piel visiblemente enrojecida. ¡Qué de dolores dejaba transparentar aquella ampulosa y aquel crispamiento de los músculos del pecho... :

“Poco antes de las once de la noche el Presidente llamó a un criado a quien quería bastante, llamado Camilo, oriundo de la sierra de Ixtlán, y le pidió que le comprimiera con la mano el lugar donde sentía intenso dolor., Obedeció el indígena, pero no podía contener las lágrimas.

Momentos antes de morir estaba sentado tranquilamente en su cama: a las once y veinticinco minutos se recostó sobre el lado izquierdo, descansó su cabeza sobre la mano, no volvió a hacer movimiento alguno y a las once y media en punto, sin agonía, sin padecimiento aparente, exhaló el último suspiro.

Yo dije esta sola palabra:

¡Acabó!

Le contemplamos con una emoción que no trataremos de describir. (Se hallaba) en su recámara, encima de la cama de bronce, vestido de negro, pálido pero con la fisonomía tranquila, sin contracción alguna y pareciendo más bien dormir con el plácido y pasajero sueño de la vida que con el eterno y profundo de la , muerte”.